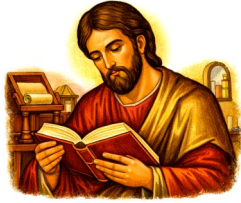


1ª Re. 20, 10-13

Sal 88

Mt 10, 37-42



La Palabra de Dios hoy nos presenta a una mujer anónima, la **sunamita**, cuyo gesto sencillo y silencioso se convierte en una de las páginas más luminosas sobre la **generosidad** en toda la Escritura. No es reina, ni profetisa, ni líder de Israel. Es una mujer que vive su vida cotidiana, pero que tiene un corazón capaz de percibir el paso de Dios en la figura del profeta Eliseo. Y ese corazón, cuando reconoce la presencia de Dios, **se abre**.

La Biblia dice que ella “*insistió*” en acoger al profeta. No lo hace por interés, ni por obligación, ni por quedar bien. Lo hace porque su corazón es amplio. Y cuando el corazón es amplio, la vida se vuelve hospitalaria. La generosidad nace siempre de un corazón que ha sido tocado por Dios.

1. La generosidad comienza por ver al otro

La sunamita ve en Eliseo a un “hombre de Dios”. Es decir, **lo mira con ojos espirituales**. La generosidad cristiana empieza así: no cuando damos cosas, sino cuando **vedamos al otro como el Señor lo ve**.

Los Padres del Desierto decían que el corazón puro es aquel que “*ve a cada persona como un misterio sagrado*”. Abba Poemen enseñaba que el verdadero progreso espiritual consiste en dejar de justificarnos y empezar a mirar al otro con misericor-

dia. La generosidad nace de esa mirada: una mirada que reconoce la dignidad del otro y se deja interpelar.

2. La generosidad es siempre un “espacio preparado”



La sunamita no se limita a ofrecer un plato de comida. Prepara una **habitación en la azotea**, un espacio propio, un lugar donde el profeta pueda descansar. La generosidad cristiana no es improvisación emocional: es **preparación**, esponjamiento del alma, disponibilidad concreta.

En la tradición judía, el *hesed*/ חֶסֶד—la misericordia fiel— se expresa así: creando ambiente para que el otro viva. Y en la tradición cristiana, san Basilio lo dirá con fuerza: “*Lo que guardas pertenece al necesitado*”. La generosidad no es dar lo que sobra, sino **hacer sitio**.

3. La gratuidad abre la puerta a la bendición

Lo más hermoso del relato es que la sunamita **no pide nada**. Su gesto es gratuito. Y precisamente por eso, Dios ensancha su vida más allá de lo que ella podía imaginar. La gratuidad es fértil. La generosidad desinteresada abre caminos que la lógica del cálculo nunca podría abrir.

Así actúa Dios: donde encuentra un corazón

que se da, Él se derrama. Donde encuentra un corazón que se abre, Él entra. Donde encuentra un corazón que acoge, Él transforma.

4. Cristo, plenitud de la generosidad

Todo esto encuentra su plenitud en Cristo. Él es la **generosidad encarnada**. Él no solo prepara un cuarto en la azotea: **prepara un lugar en el corazón del Padre** para cada uno de nosotros. Él no da cosas: **se da a sí mismo**. Su Pascua es el acto supremo de generosidad: “*siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*”. El camino que recorrió para hacerlo realidad fue la cruz; de ahí la invitación que se nos hace hoy.

Por eso, la generosidad cristiana no es filantropía. Es **participación en el modo de amar de Cristo**. Es un estilo pascual: silencioso, concreto, alegre, universal. Es dejar que el Espíritu Santo ensanche nuestro corazón hasta hacerlo semejante al de Dios. Los Padres del Desierto lo resumían así: “**No digas: no tengo nada que dar. Da tu corazón.**”

5. ¿Qué nos pide hoy el Señor?

Nos pide lo mismo que a la sunamita:

- **ver** al otro con ojos de fe,
- **preparar espacio** para que el otro viva,
- **dar sin esperar**,
- **confiar** en que Dios multiplica lo que ofrecemos.

La generosidad no es un gesto aislado: es un camino espiritual. Es una forma de vivir la Pascua cada día. Es permitir que Cristo, que se entregó por nosotros, siga entregándose a través de nosotros.





Deus, qui, per adoptionem gratiae, lucis nos esse filios voluisti, praesta, quaesumus, ut errorum non involvamus tenebris, sed in splendore veritatis semper maneamus conspicui.

Traducción oficiosa

Oh Dios, que por la adopción de la gracia quisiste que fuésemos hijos de la luz, concédenos, te rogamos, que no nos veamos envueltos en las tinieblas del error, sino que permanezcamos siempre visibles en el resplandor de la verdad.

Saboreo

Litúrgicamente, esta colecta pertenece al tono del **Tiempo Ordinario**, donde la Iglesia pide perseverar en la gracia bautismal. Ser hijos de la luz implica vivir con claridad interior y transparencia moral.

La estructura es clásica: invocación, motivo de acción divina, súplica y finalidad espiritual. En ella se reconoce que la vida cristiana no es estática, sino un proceso de transformación: Dios, que nos ha hecho hijos por la gracia, sigue obrando en nosotros para que esa filiación se manifieste en obras de luz.

Estamos en el corazón del misterio cristiano: **ser hijos de la luz**. No es una metáfora poética, sino una realidad sacramental. En el bautismo, Dios nos adopta y nos comunica su propia claridad. La luz no es solo símbolo de conocimiento, sino de comunión: quien vive en la luz participa de la vida divina y refleja su resplandor en el mundo.

El texto reconoce, sin embargo, un peligro: *errorum tenebris*, las tinieblas del error. No se trata solo de equivocaciones intelectuales, sino de toda forma de vida que oscurece el corazón: egoísmo,

indiferencia, mentira, miedo. El error es la sombra que se proyecta cuando el yo se interpone entre el alma y la luz de Dios. Por eso la oración pide no “*involvamur*”, es decir: no dejarse envolver, no consentir que la oscuridad se adhiera al alma.

La petición final es luminosa: *in splendore veritatis semper maneamus conspicui*. No basta con recibir la luz; hay que permanecer en ella y reflejarla. El cristiano no es dueño de la luz, sino su transparencia. La verdad no se posee, se habita. Permanecer “**conspicui**” —visibles, radiantes— significa que la fe se hace testimonio: la claridad interior se traduce en obras de justicia, misericordia y paz.

La Pascua nos enseña que la luz triunfa sobre la oscuridad. Cristo resucitado es el **Sol que no conoce ocaso**. Ser hijos de la luz es participar de su resurrección cotidiana: vivir con corazón claro, palabra limpia, mirada compasiva y entrega generosa: como la sunamita de la lectura primera de este domingo, el camino que Cristo nos invita a recorrer en el evangelio de hoy. La Iglesia, en esta oración, nos invita a dejar que la gracia bautismal siga iluminando cada rincón de nuestra vida, para que el mundo vea en nosotros el **esplendor de la verdad que no se apaga**.

DEUS, QUI PER ADOPTIONEM GRATIAE LUCIS NOS ESSE FILIOS VOLUISTI



IN SPELENDORE VERITATIS MANEAMUS CONSPICUI

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



XIII domingo per annum A



“ El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.
Quien pierde su vida por mí, la encontrará.”

MATEO 10,37-42